



victoria contra la filosofía, la Religión cristiana, durante una larga serie de siglos, no tuvo que sostener mas que combates particulares, que de cuando en cuando le suscitaron el cisma y la herejía.

Reservado estaba al siglo XVIII el ver formarse contra ella en el seno mismo de la cristiandad la conjuración mas vasta y universal que hasta entonces haya existido. Nuestros filósofos modernos, aunque mucho menos graves que los antiguos antagonistas de la Religión, y muy degenerados ya de los primeros discípulos de la Academia y del Liceo, no por eso dejaron de concebir el proyecto de atacar y destruir hasta en sus cimientos al antiguo edificio, que si bien habia tenido algunas pérdidas por los repetidos embates, de que habia sido blanco, conservaba sin embargo en su integridad el precioso depósito de la fé, y debió por lo tanto hacerles presagiar la inutilidad de su empresa. El gefe de esta conjuración impía fué un hombre famoso por su talento, no menos que por sus vicios, y sobre todo por el rabioso encono que habia jurado á la Religión, por la guerra que la declaró desde su juventud, y que sostuvo, a pesar de sus escasos resultados, hasta la mas impotente decrepitud. No tardó en reunir bajo sus banderas á esos titulados sabios y literatos, que para no hallar rivales en la carrera que se proponian seguir, creyeron que el pomposo dictado de filósofos, ó de espíritus fuertes que se arrogaron, les haria formar una clase aparte, y les aseguraria una celebridad que con apasionado afán anhelaban. Enriquecieron su partido con algunos cortesanos que gozaban de favor, con algunas mugeres que aspiraban á la reputación de literatas, y sobre todo con una multitud de jóvenes libertinos que, habiendo desertado de la Religión por la corrupción de su corazón y la desenfrenada licencia de costumbres, podian considerarse ya como perdidos, y cuya conquista debia hallar poco su orgullo.

La Religión tiene dogmas que son el objeto de nuestra fé, y leyes de moral que son la regla de nuestra conducta. Los filósofos en su plan de ataque, a pesar del furor que les animaba, a pesar de su proyecto de destruir la Religión en todas sus partes, no pudieron menos de conocer que la moral de esta estaba

muí fuera del alcance de su mordacidad. Esta moral es tan bella, tan sublime, tan análoga á las necesidades humanas, tan amiga de la paz y del orden, que declararse enemigo suyo hubiera sido provocar una indignación general y hacer desmerecer su causa. Un hombre, que aunque enemigo de los filósofos y formando secta aparte atacaba también á su modo á la Religión, no pudo menos de confesar que la magestad de las Escrituras le admira y confunde, y que nunca se ha propuesto al hombre una moral mas hermosa.

Convirtieron pues, todos sus esfuerzos contra los dogmas de la Religión cristiana, contra esos dogmas llenos de misterios, incomprendibles á la razón humana; pero que no están en contradicción con ella, por mas que los filósofos no cesan de decirlo, sin llegar jamás á probarlo. Pero ¿cómo lo han de probar? Solo lo que está al alcance de la razón y es accesible á las luces de esta puede demostrarse serle contrario. Pero por ventura, ¿se ha encerrado Dios en el estrecho círculo de la razón humana? ¿Seria acaso Dios, segun dice San Agustín, si el hombre pudiera comprenderlo? ¿Qué idea se forman pues de la divinidad esos hombres que pretenden ser tan ilustrados, y creen poder penetrar su magestad, explicar los misterios y sondear aquel inaccesible océano de luz en que la divinidad habita? No dejaron de conocer los filósofos estas verdades; pero se lisonjearon de que con el arte de los sofismas, les prestigos de la elocuencia y sobre todo con el arma del ridículo, que su gefe manejaba con mas destreza que nadie, deslumbrarian fácilmente los espíritus superficiales, que son siempre los que componen la multitud.

Obbligados por de pronto á ocultar su marcha, cuya prematura publicidad podia haberles comprometido, principiaron por destilar sordamente el veneno de su doctrina en obras que no se dirigian abiertamente contra la Religión. Pero animados por la acogida que recibieron, alentados con la tolerancia del gobierno, y aun escitados por las mismas contradicciones que sufrieron de parte de muchos ilustres defensores de la Religión que rechazaban victoriosamente sus ataques, no tardaron en presentarse al descubierto. Viéronse suceder rápidamente una multitud de obras

llenas de la mas espantosa impiedad, en las cuales los atributos de la divinidad y los misterios mas augustos eran objeto de las mas horribles blasfemias y de los sarcasmos mas daces. Su existencia misma, llegó á ser problemática para ellos, y por último la negaron desechando el irrecusable testimonio de todo el universo, y la voz de su propia conciencia que no podia desconocer una verdad tan natural y necesaria al hombre. Nióse á uno de sus autores llegar á tal grado de desenfreno que del silencio de Dios sobre sus blasfemias se hacia un título para negar su existencia, y se atrevia á desafiarle á mostrar que los oia, tranquilándole con sus rayos. Los que no hayan leído sus obras, no podrán figurarse con qué tono de furor y de rabia prodigaban á la Religión las imputaciones de fanatismo, de superstición, de estupidez, de intolerancia, de crueldad y de barbarie, mientras que por el tono que reinaba en sus escritos se denunciaban á sí mismos como verdaderamente culpables de todos estos excesos. Al ver este inconcebible delirio, de un puñado de hombres contra la Divinidad, viene á la imaginación el recuerdo de aquellos habitantes del Nilo, de que habla Diodoro de Sicilia, que, importunados por el brillo del sol y no sabiendo librarse del ardor de sus rayos, le insultaban con impotentes clamores. Desprovistos de todo freno, estos hombres que usurpaban el título de filósofos, concluyeron por declamar sin consideración no solo contra la creencia católica, sino contra todas las creencias religiosas en general. Tal era el objeto de los libros intitulados *Espritu de las religiones* por Bonnevillé, el *Anti-sacerdote* por Le Brun de Grenoble, y *Los sacerdotes y los cultos* por Parisis de Raymondís; y así como las reuniones y los escritos de los theophilántropos dejaron hasta en el pueblo germánes de incredulidad, estos libros, marcados con el sello de la audacia y de la extravagancia, encontraron lectores. El deísmo no era predicado sino por los que se tenian por mas moderados: tal era el objeto del *Catecismo* y de las *Lecciones de moral* por Saint-Lambert. Mas supuesto que hablamos de los últimos excesos á que se ha dejado arrebatarse la filosofía del si-

glo XVIII, supuesto que en este momento nos representamos traspasando los últimos límites, haremos mención particularmente de cuatro producciones, que son el verdadero oprobio de la época que las vió nacer; cuatro obras llenas de aberraciones y de imprudencia que no podemos menos de mencionar. Estas obras (Dios nos perdone el escribir sus títulos) son el *Diccionario de la filosofía antigua y moderna en la Enciclopedia metódica*, el *Origen de los cultos*, el *Diccionario de los Ateos* y la *Guerra de los dioses antiguos y modernos*. La primera de estas obras, fruto de las vigiliás del filósofo Nageon, es un monstruoso conjunto de desenfreno y de barbarie (1). El autor daba en ella á todas las creencias el nombre de estúpidas, hallaba excusa para los mas atroces desórdenes, y se atrevia á emitir y preconizar este voto feroz: «Quisiera que el último de los reyes fuese ahorcado con las tripas del último de los sacerdotes.» Nageon, como discípulo de Diderot, amigo de Holbach y heredero de su filosofía, juzgaba este voto como digno de un verdadero filósofo, y se constituia en apologista de todas las crueldades de la revolución. El tratado del *Origen de todos los cultos* por Dupuis no es mas que impío; pero lo es en exceso. Su autor se empeñó en hallar el origen del cristianismo en la astronomía, y asoció al divino Fundador de nuestra santa Religión las divindades fabulosas é impuras de los paganos. Publicáronse dos ediciones compendiadas de esta obra, á fin de facilitar la circulación de su veneno y hacer que una juventud crédula é irreflexiva pudiera estraviarse. Con verigüenza y con escándalo se vió que esta tenebrosa compilación era alabada en el seno del Instituto. El *Diccionario de los ateos* por Silvano Maréchal y Lalandes es una obra que yace actualmente en el mas profundo desprecio; mas la grosera doctrina que en ella se predicaba, estaba muy en armonía con el espíritu de una época y de un partido que trataba de extinguir la saludable creencia de un Dios vengador del vicio y protector de la virtud. Fig-

(1) *Memor. para la Historia Ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 373-374.

B. del C. tomo XXII. - 17. - 18. - 19. - 20. - 21. - 22. - 23. - 24. - 25. - 26. - 27. - 28. - 29. - 30. - 31. - 32. - 33. - 34. - 35. - 36. - 37. - 38. - 39. - 40. - 41. - 42. - 43. - 44. - 45. - 46. - 47. - 48. - 49. - 50. - 51. - 52. - 53. - 54. - 55. - 56. - 57. - 58. - 59. - 60. - 61. - 62. - 63. - 64. - 65. - 66. - 67. - 68. - 69. - 70. - 71. - 72. - 73. - 74. - 75. - 76. - 77. - 78. - 79. - 80. - 81. - 82. - 83. - 84. - 85. - 86. - 87. - 88. - 89. - 90. - 91. - 92. - 93. - 94. - 95. - 96. - 97. - 98. - 99. - 100.

nalmente, el último de los libros mencionados es un poema, hijo de la disolución y de la impiedad, en que Parry tuvo el brutal deseo de ridiculizar los mas augustos objetos de nuestra fé. Todos estos autores, á semejanza de los ancianos de que habla Daniel, parecia que se empeñaban en cerrar los ojos por no ver el cielo. Sus escritos cierran dignamente la cadena de libros tenebrosos que desde mediados del siglo XVIII se sucedían sin tregua para pervertir las generaciones: y debe reconocerse que los discípulos eran dignos de sus maestros; que habian imitado fielmente su espíritu y que hasta les habian escedido en celo y esfuerzos para hacer prosperar la misma inícuca causa.

A este culpable odio contra la Religion, han agregado los filósofos una insigne mala fé. La Religion cristiana, si bien celestial en su origen y emanada del seno del mismo Dios, tiene por ministros hombres débiles, de los cuales muchos desviándose del espíritu de su vocacion y de la santidad de su ministerio, han mezclado con esta Religion, tan pura y perfecta en su origen, abusos que han alterado la primitiva pureza de su institucion. Estos abusos en todos tiempos han sido objeto de los gemidos de los verdaderos fieles, que sin embargo han sabido distinguir la santidad de la moral evangélica, siempre incorruptible como el oro, de la mezcla impura que habian introducido la debilidad, el interés y la codicia. Si los filósofos hubiesen sido guiados por ese celo por la verdad, de que pretendian estar animados, habrian imitado esta prudente conducta. Pero ¿es posible equivocarse acerca del motivo que en realidad les impulsaba? ¿Era el amor de la verdad lo que les hacia confundir el abuso de la Religion con la Religion misma, inspirándoles violentas diatribas contra una Religion cuyas máximas y espíritu no podian menos de conocer; aquel afectado desprecio hacia sus dogmas, que no eran por cierto el objeto de los abusos, y que ellos censuraban con tanta amargura, y las blasfemias contra la Divinidad, que se empeñaban en hacer responsable de las debilidades é injusticias de los hombres? ¿Era el celo de la verdad el que les hacia dar la preferencia sobre los misterios del cristianismo, sobre su culto y sobre sus preceptos religiosos, á los

absurdos del politeísmo, á las imposturas groseras de la religion de Mahoma, y al culto supersticioso y fanático de los pueblos de la India?

Dirán acaso que siendo indiferentes para con las naciones que en nada les tocan, han querido solamente ilustrar á un pueblo con quien están enlazados de tantos modos, presentándole la antorcha de la verdad y arrancándole de las tinieblas de la superstición. Mas entonces ¿por qué, siendo tan indulgentes con el fanatismo sangriento y estúpido de los pueblos idólatras, se encarnizan tan tenazmente contra los judíos que en realidad no les interesan mas que los bonzos y los faquires, y los hacen partícipes de todo el odio que profesan al cristianismo? ¿Qué otro motivo puede haber para el estremado desprecio con que los tratan, para las calumniosas imputaciones con que los denigran, y para el injusto oprobio que continuamente derraman sobre ellos, sino el estrecho enlace de la Religion de este pueblo con la Religion cristiana, pronosticada y simbolizada por él? ¿Qué otro motivo puede haber, que esa admirable consonancia de las profecías tan claras y terminantes, de que el pueblo hebreo es depositario, con los sucesos que han sido su cumplimiento; que su misma existencia, tan maravillosa, tan inexplicable por causas puramente naturales y que es el argumento mas demostrativo é irresistible en nuestro favor? Tal es su odio al cristianismo, que es menor su agradecimiento á los judíos por la aversion que conservan contra nosotros, que el mal que les quieren por el testimonio que Israel nos da involuntariamente con su dispersion.

El origen de este injusto odio de los filósofos no hay que buscarle en otra parte mas que en los deberes que la Religion impone. Los dogmas de esta humillan el orgullo, su moral reprime las pasiones, y esos supuestos sabios quieren seguir libremente su orgullo y sus pasiones. Acostumbrados en sus estudios á someterlo todo al raciocinio, á no admitir sino lo que les parece demostrado, aplican este método, tan útil y necesario para el progreso de las ciencias, á otros estudios de un orden diferente, en los cuales solo puede servir para estraviarlos. En ellos esa razon tan envanecida de sus triunfos en la carrera de

las ciencias, y que se creia superior á todos los obstáculos, tenia que defenderse á cada paso por las tinieblas profundas de que está rodeada, y cuantos mas esfuerzos hacia por sondear la magestad divina, mas se veia rechazada por una gloria cuyo peso la abruma. Irritada por estos obstáculos, se agitaba indignada en torno de la barrera que no le era posible traspasar, llena de desesperacion al conocer su impotencia. Lo que la razon se veia obligada á confesar todos los dias respecto de la naturaleza, esto es, que habia muchos hechos positivos cuyas causas eran desconocidas, lo negó refiriéndose á su autor; y por una inconsecuencia, no muy rara entre esos filósofos, rehusó creer su existencia, ó por lo menos la verdad de sus misterios, solo porque no podia comprenderlos.

En el delirio de su orgullo, semejantes los filósofos á los gigantes de la fábula, nada menos quisieron que destronar á Dios mismo, quitarle la adoracion y homenaje de los mortales, y ¿quién lo creeria? sustituir su propio culto al de la Divinidad, y ser ellos los ídolos del mundo. Asi lo hicieron esperar los progresos de su doctrina, háto rápidos por desgracia, dándole lugar á que en su corazon dijera como el orgulloso Lucifer: «Seremos semejantes á Dios: estableceremos nuestro trono sobre el sol: nos sentaremos sobre la montaña santa, y los humanos temblarán ante nosotros.» ¿Qué cebo para su orgullo aquella admiracion y aquellos elogios que les prodigaba una multitud de prosélitos que los proclamaban bienhechores de los hombres, á quienes habian librado del supersticioso temor de la Divinidad y de la idea importuna de un Dios vengador de los crímenes, y haberles prometido una felicidad eterna despues de esta vida! Si esta promesa los turbaba un poco, porque la recompensa de la virtud supone el castigo del vicio, ellos los precipitaban en la nada á fin de entregarlos sin remordimientos á toda la perversidad de su corazon.

Podria creerse que el orgullo de esos pretendidos filósofos hubiera podido llegar á tal exceso de demencia, y que no se trataba de calumniarlos, si no se supiera que su jefe estaba realmente envidioso de Jesucristo, que se irritaba al pensar en su gloria, y que frecuentemente con el acento de la desespera-

cion solia decir: «Este hombre estableció en tres años una Religion que yo en vano hace medio siglo que trabajo por destruir? Esta envidia era mas ó menos comun á todos los escritores que tomaron parte en aquella guerra impia contra la Religion: no hay parte alguna en sus escritos donde no se eche de ver esta envidia contra Jesucristo y contra su gloria. No pudiendo establecer rivalidad con el Salvador del mundo, acometieron la empresa de destruirle: propusieron convencer de supersticion y fanatismo á su Religion, y despojándole de este modo de su divinidad, hacer de él un simple mortal, ó acaso un falso profeta, cuyas imposturas habian descubierto.

¿Y era posible que unos seres embriagados de orgullo, engreidos con sus luces, idólatras de su propia razon, doblegaran su frente bajo el yugo de la fé, y siguieran una Religion que no ordena mas que humildad, sumision y dependencia; que no habla al hombre mas que de sus tinieblas y de sus errores, que le muestra su impotencia para conocer la verdad con sus propios esfuerzos, y la necesidad de un guia sobrenatural que ilumine sus pasos para conseguirlo, que les hace ver en la razon una reina precipitada del trono, ellos que querian someter á ella todo el universo y hasta el mismo Dios? No hay pues duda en que esa idolatría de la razon es la que les ha hecho enemigos de los dogmas y de los misterios de la Religion cristiana, asi como la idolatría del corazon les ha hecho desertar de su moral. No decimos esto porque desconocieran la excelencia y superioridad de esta Religion sobre todas las legislaciones humanas. Admiraban la filosofia de Sócrates y de Platon y la juzgaban á propósito para hacer feliz al hombre; pero ¿podian desconocer que lo que hay de sabio y razonable en esta filosofia es únicamente lo que está de acuerdo con la ley eterna que Dios ha grabado en el corazon del hombre al crearle, y que en la moral cristiana ha recibido todo su complemento y perfeccion? ¿Podian ignorar los filósofos, que esta moral se refiere enteramente á la felicidad del hombre, y que la puntual observancia de sus preceptos convertiria la tierra en un verdadero paraíso? ¿Qué cuadro el de una sociedad cuyos individuos, fieles á ese mútuo amor que la